

La Vida Ilustrada.

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Instantáneas.



SRTA. CARMEN DOMINGO
Primera tiple del teatro de Parish.

Inst. de Téllez y C.^a

Año IV.—Núm. 123.—Viernes 8 de Febrero de 1901.

20 céntimos en España.

Ayuntamiento de Madrid

INSTANTÁNEAS

SARRIÁ



Carretera de Sarriá.

Inst. de F. Averly.

LISBOA



Feria de Belem.

Inst. de F. Viegas.

CANTARES

Morena de mi alma
luz de mi vida,
¿qué has hecho de mi calma
por ti perdida?

Tanto te quiero
que eres dueña absoluta
de mi amor fiero.

Yo no sé si te quiero
ni si te adoro;
solo sé que soy tuyo
con alma y todo.

Y si te empeñas
tuya será la sangre
que hay en mis venas.

Serafín Freije.

Buen ejemplo.

Paseábamos el bosque
al declinar de la tarde,
ella apoyada en mi brazo
y yo estrechando su talle.

El sol filtraba sus rayos
por las ramas de los árboles,
y dibujaba en su rostro
mil caprichosos encajes.

En la enramada, cantando,
volaban parleras aves
como despidiendo al sol,
que oculto tras el ramaje
sus fulgores escondía
entre las flores fragantes.

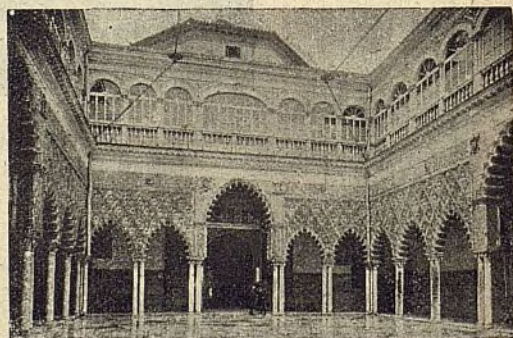
Las manos entrelazadas
y vecinos los semblantes
un beso pedí á mi Rosa,
que ella se obstinó en negarme.

Cuando en un lindo rosal
vimos dos hermosas aves
con sus picos enlazados,
como queriendo besarse.

Y ante cuadro tan sublime
siendo fuego nuestra sangre,
cayó rendida en mis brazos
envidiosa de las aves.

Guillermo Gómez Fernández.

SEVILLA



Alcázar (Patio de las doncellas).

la batalla que el valiente de Tirante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placer de mi vida, con los amores y embustes de la viuda Reposada; y la señora emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero; dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo; aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen. Con todo eso os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necesidades de su industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida; llevadle á casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho. Así será, respondió el barbero. ¿Pero qué haremos de estos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía; y abriendo uno, vió que era *la Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): éstos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dijo la sobrina; bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo esto se le antojase hacerse de pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante; y pues comencemos por *la Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y del agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es de *la Diana*, llamada: *Segunda* del Salmantino, y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *los diez libros de fortuna de amor*, compuestos por Antonio de lo Frasso, poeta sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos de este

na gana. Entraron dentro todos, y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños: y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran prisa y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen esos libros, y nos encanten en pena de la que le queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor será arrojarlos por las ventanas al corral, y allí caer un rimero dellos, y pegarlos fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama; tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes. Mas el cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gaula*. Y dijo el cura: parece cosa de misterio ésta; porque según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste, y así me parece que como dogmatizador de una secta tan mala debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No, señor; que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto; y así como á único en su arte, se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esto que está junto á él. Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandián*, hijo legítimo de Amadís de Gaula. Pues, en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre; tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadís de Grecia*; y aun todos los de este lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadís. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á truco de quemar á la reina Pintiquinestra, y al pastor Darinel y á sus églolas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero. Y aun yo, dijo la sobri-

na. Pues así es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Diéronselos (que eran muchos) y ella aborrió la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero: *D. Olivante de Lavra*, el autor de ese libro, dijo el cura, fué el mismo que com- puso á *Jardín de Flores*; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue, es: *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral á pesar de su extraño nacimiento y sonadas aventuras; que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él; y con eso- tro, señora ama. Que me place, señor mío, respondía ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es: *El Caballero Platin*, dijo el barbero. Antiguo libro es ese; dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica; y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título: *el Caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo, como este libro tiene, se podía perdonar su igno- rancia; más también se suele decir: tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dijo: este es: *Espejo de Caballerías*. Ya conozco á su mereced, dijo el cura: ahí anda el señor Reynaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejó su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: al cual, si aquí le hallo y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno: pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, más no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, respondió el cura; y aquí le perdonaremos al señor capitán que no le hubiera traído á España, y hecho castellano: que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de versos quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan de estas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, exceptuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por

ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que éstos, en llegando á mis manos, ha de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remisión alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo: Y abriendo otro libro vió que era *Palmerín de Oliva* y junto á él estaba otro, que se llamaba *Palmerín de Inglaterra*. Lo cual visto por el licenciado, dijo: esa oliva se haga luego rajas y se quemé, que aun no queden della las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él de por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor mase Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libros del fuego, y todos los demás, sin hacer más gala y cata, perezan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*. Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, más no los dejéis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero. Y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diése con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenía más gana de quemarlos que de echar una tela por grande y delgada que fuera; y asiendo cada ocho de una vez, los arrojó por la ventana.

Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Valame Dios, dijo el cura, dando una gran voz: que aquí esté Tirante el Blanco! dádmele, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de pasatiempos: aquí está don Kirieleison de Montalbán, y el caballero Fonseca, con

INSTANTÁNEAS

LA VIDA ILUSTRADA

DIRECTOR:
MANUEL SALVI



REDACCIÓN

OFICINAS

CLAVEL, NÚM. 1

MADRID

Actualidad dolorosa.—De ayer á hoy.—¡Qué amigos tienes!—Cuadros que no vuelven.—Espectáculo lamentable.

Al comenzar el mes de Julio de 1898, la escuadra del Almirante Cervera, embotellada en la bahía de Santiago de Cuba, salió á combatir á excitación de los periódicos, que se habían entusiasmado mucho cuando entró en la ratonera, porque se demostraba así su previsión, obligándola á salir de Cabo Verde, donde permanecía sin parte de la artillería gruesa y teniendo alguna de sus baterías diez disparos por pieza. El Gobierno la mandó salir para que su destrucción permitiese negociar la paz. Salieron cuatro cruceros protegidos á la vista de 41 barcos americanos, 22 de guerra. Tuvimos 2.500 bajas (entre ellas la del heroico Villamil), pero la opinión cafetera no se satisfizo.

Desde entonces nos hemos dedicado á desacreditar á la marina, con lo que el país gana mucho, y desde las personas ilustradas,—que creen que los *blue-jackets* son un cuerpo especial de la marina inglesa—hasta los irresponsables del intelecto, ajustan las cuentas de la millonada que gastamos en marina... Y, en efecto, en 1900 hemos gastado 25 millones é Italia 125, que por eso tiene alguna fuerza naval.

Yo, que ni soy marino ni tengo amigos ni parientes que lo sean, me paso el tiempo desde entonces defendiendo la marina y la verdad, sin que nadie me lo pida... Por eso mismo tengo derecho á decir que lo ocurrido con el Carlos V, si resultan verdad los informes que todo el mundo conoce, merece un severísimo castigo.

Y quedamos en que para tener marina, dada la extensión de nuestras costas, hace falta gastar mucho dinero y mucha energía.

O renunciar á todo.

Como ya habían renunciado una porción de ingenios neo-seculares, decadentistas, pusilánimes, andróginos, enemigos del Diccionario, tráfugas del siglo XIX, que les dió una libertad que no merecían, que pasaban la menguada vida física llorando sobre las ruinas de Jerusalem, como Boabdiles afeminados que suspiran por una Granada perdida.

Hemos vivido así dos años. ¡No lo nieguen ustedes!

Pues bien; cuando ya empezaba yo á creer que era uno de los poquísimos ciudadanos españoles que se acordaban de que eran varones y que tenían fe en su patria y aun en va-

rios de sus compatriotas, se levantó Galdos, leyó un discurso y...

¡Aún hay patria, Veremundo!

Comparando su grandeza con mi pequeñez, me sentí satisfecho.

—Ya somos dos—me dije.

Pero ¡ay! que estrenó un drama (según *El Siglo Futuro* mamarrach... y esperpent...) y entre los furibundos adversarios y los amigos de Benito, estamos D. Benito y yo—probablemente—que no podemos aguantar á los unos ni á los otros.

Con la diferencia, favorable á mí, de que yo puedo decirlo y él tiene que sufrir en silencio. Aunque le *Peralicen*.

Hablemos de otra cosa.

Recordarán ustedes que me permití profetizar que iba á ocurrir una serie de desgracias por culpa del abandono en que se hallaba la seguridad de los transeúntes, cuya vida pendía de un hilo... Del hilo de transmisión ó cable de trabajo de los tranvías.

Por desgracia acerté.

Acierto que no tenía nada de particular. Lo mismo acertaría quien profetizara que va á haber un disgusto gordo en Valencia ó en Pamplona.

Para disgusto, y gordo también, el que tienen los expositores españoles que acudieron á un certamen verificado en Rusia.

No obtuvieron premios, pero tampoco han podido obtener la devolución de sus cuadros.

¿No habrá un alma caritativa que cuide de arreglar eso?

Por supuesto, que las almas caritativas han debido ser sustituidas por las almas de cántaro.

Crean ustedes que si así no fuera sería imposible que en Madrid, en Barcelona ó en Badajoz, se tolerase el espectáculo, vergonzosamente cruel, de los *Tancredos*, que dará mucho dinero á las empresas y endurecerá estúpidamente el corazón de los públicos, pero que no debe tolerarse por una generación que ha prohibido las ejecuciones en público.

Manuel M.^a Guerra.



EDUARDO VII
Rey de Inglaterra y Emperador de las Indias.

CELOS

(Cuento)

—Vamos, mujer, no seas terca; una y mil veces te he dicho que te ciegas en tus apreciaciones: los celos te hacen ver visiones. Esa mujer, en un tiempo tu más querida amiga, tu hermana del alma, como tú la llamabas, no es para mí nada más... que... eso, una amiga tuya, que tú querías, y que por eso yo distinguí, creyendo así complacerte.

Así hablaba un caballero, como de veintiocho años, buen mozo y de mirar expresivo, á una señora, de algunos años menos que él y bastante bella, que con los ojos llenos de lágrimas le escuchaba, adivinándose por los movimientos de su cabeza, que todos los esfuerzos que él hacía para convencerla eran inútiles.

Esto sucedía en una habitación elegante, pero sin lujo, propiedad de Ricardo y María, que se habían casado hacía escasamente un año, pasándose hasta entonces la vida en la mayor felicidad por parte de los dos esposos; pero en este mundo todo se acaba, y mucho antes la dicha, y ocurrió que llegó un día en que María empezó á ver infidelidades de Ricardo por todas partes, y en que éste, inocente de cuanto se le atribuía, se desesperaba sin encontrar con que quitarle á su mujer aquellas tonterías de la cabeza, y pasaban días y más días y la cuestión lo mismo: ella llorando á todas horas y él quedándose flaco y pálido de tanto sufrir, sin poder contrarrestar los infundados celos de su adorada María. Siempre que suscitaba él la conversación sobre el asunto, por probar, ella decía:

—Calla, Ricardo; no hagas aumentar mi dolor con tus mentiras.

—Pero mujer, por favor, vuelve en ti, no seas niña. ¿Qué te hecho yo, qué te ha hecho tu pobre amiga?

—Es lo único que faltaba, que la defiendas. ¡Pobre, pobre! Yo sí que soy pobre, que he perdido todo cuanto tenía en este mundo, que era tu amor.

—No, mi amor no, eso nunca. Cada día te amo más; si tú no puedes imaginarte lo que sufre mi alma...

—¡Oh, calla, no mientas! Vete, déjame sola con mis lágrimas.

Y él, harto de suplicar, se marchaba á la calle, y ella, de tanto llorar, se ponía mala. En uno de estos días de discusión es cuando presento á mis lectores al desgraciado matrimonio. El pobre esposo trataba, como otras muchas veces, de convencerla; pero ella, como siempre, no tenía más palabras que:

—Déjame, vete; no trates de engañarme, no he de creerte. El hizo un movimiento de impaciencia y dijo:

—Pues mira, esto va á concluir; llevamos ya tres meses de



Homenaje á Galdós, autor de ELECTRA

un martirio inconcebible, y yo no sufro más. Tú no crees en mis palabras, de todo desconfías. Salgo, y es para ir á ver á tu amiga; no tengo ganas de comer, es porque he comido ya con ella; me falta un pañuelo, ella lo tiene; y como éstas, mil cosas que inventas á cada momento. Bueno; pues estas impertinencias (*María llora más fuerte*) las he venido aguantando un día y otro; pero ya, en vista de tu terquedad, de que no cejas en tu actitud, tomo desde este momento mi determinación, y es la de marcharme de casa para no volver. Por ti no pases cuidados; tendrás todo lo necesario para tus gastos, y si algún día necesitaras algún extraordinario, me lo pides. Nada más tengo que decirte; lo que sucede tú lo has querido (*Ricardo se conmueve*); quiera Dios que no tengas que arrepentirte cuando no haya remedio. Adiós...

Dicho esto, Ricardo cerró la puerta tras de sí, y sin volver la cara, sin duda temiendo le faltase valor para lo que se había propuesto, salió á la calle.

**

Han pasado ocho días, ocho días que han sido para María siglos de angustias. ¡Si ella hubiera detenido á Ricardo no se hubiera marchado! ¿Quién se lo impidió? ¡Nadie! Es que ella no se figuraba que iba á ser verdad lo que él decía. ¡Siempre dudando! ¡Maldita la duda que tuvo la culpa, desde el primer momento, de los sufrimientos que ahora tenía! ¡Si ella no hubiera dudado! Pero es claro, su ciego cariño le hacía ver peligros en todas partes. ¿Por qué decía su esposo cuando hablaba de su antigua amiga que era tan simpática? ¿Por qué decía ella hablando de Ricardo que era tan bueno? Pues claro estaba, se amaban; entre los dos la engañaban á ella ¡pobre tonta! Y después de esto él pretendía que fuera la misma de antes, alegre, cariñosa. ¡Ah, infame! ¿Dónde estará?... Sí, eso es... con ella. ¡No haberlo pensado antes! Se habrán ido á vivir juntos, mientras que un infierno de celos arde en mi corazón.

Estas reflexiones se hacía la esposa abandonada cuando entró á interrumpirla la criada, que le entregó una carta. Su admiración no tuvo límites, pues no acostumbraba á recibir otras cartas que las de su madre, que estaba en un pueblo cercano, donde vivía, y aquella carta no era de ella, pues la trajo un mandadero, según dijo la criada; la rompió con mano nerviosa, y de una ojeada tragóse el contenido, que era bien lacónico.

«Señora, mientras que usted llora, el infame de su marido se divierte junto á una mujer á quien usted trató con el mayor cariño. Si quiere usted convencerse de la verdad de mis palabras, vaya esta tarde á las siete á la esquina de la calle donde vive su antigua amiga Pilar y aceche la puerta de su casa.»

Solo esto decía la carta, que promovió una explosión en el corazón de María, quien sólo articuló estas dos sílabas: —Iré...

**

Las siete acaban de dar cuando María llega al lugar de la cita; viene envuelta en un manto con el que procura taparse para no ser reconocida por cualquier curioso transiente; quedase parada donde la carta dice, y no tiene que esperar mucho, pues de la casa en que ella fija sus miradas con una



VALLADOLID.—Iglesia de Ntra. Sra. de la Antigua.

Inst. de Pablo Muñoz.

Ayuntamiento de Madrid

ansiedad imposible de describir, ve salir á Ricardo, á su Ricardo, que lleva del brazo á una mujer que, como ella, tiene especial cuidado en que no se le vea la cara; pero qué importa; ella sabe quién es, se acercará y hará que ante ella bajen la cabeza los dos de vergüenza por su infamia. Apenas puede tenerse en pie. Ya se acercan; y él cómo la habla, con qué respeto... Parece que la miran. ¿La habrán conocido? Ahora se ríe el perjuro; ya no aguanta más. María da dos pasos y se interpone entre los dos diciendo:

—Son ustedes unos infames.

Ricardo se ríe, la señora á quien lleva del brazo se echa el manto atrás y la esposa ofendida da un grito, en el cual se ve mezclada la vergüenza con la admiración más grande. Aquella mujer era su madre...

Ricardo en su desesperación escribió á su madre política refiriéndole todo lo ocurrido y rogándole que viniese en su ayuda; así lo hizo la pobre señora en vista del peligro que corría su hija querida; y una vez que dicha señora y Ricardo estuvieron juntos, concertaron el plan que había de castigar á María de sus locos celos.

Los tres, cuando se hallaron en su casa, se dieron toda clase de explicaciones, siendo la esposa la que no cesaba de pedir perdones, que fueron otorgados sin escrúpulos por el buen Ricardo, que quería á su mujer con toda su alma.

—¿No volverás á dudar de tu maridito?

—Tu María te lo jura; y desde hoy, cuando vea alguna mujer celosa de su marido, le contaré mi historia; quizá sirva para la buena armonía de algunos matrimonios.

Carmelo García y García Toscano.

MINIATURAS

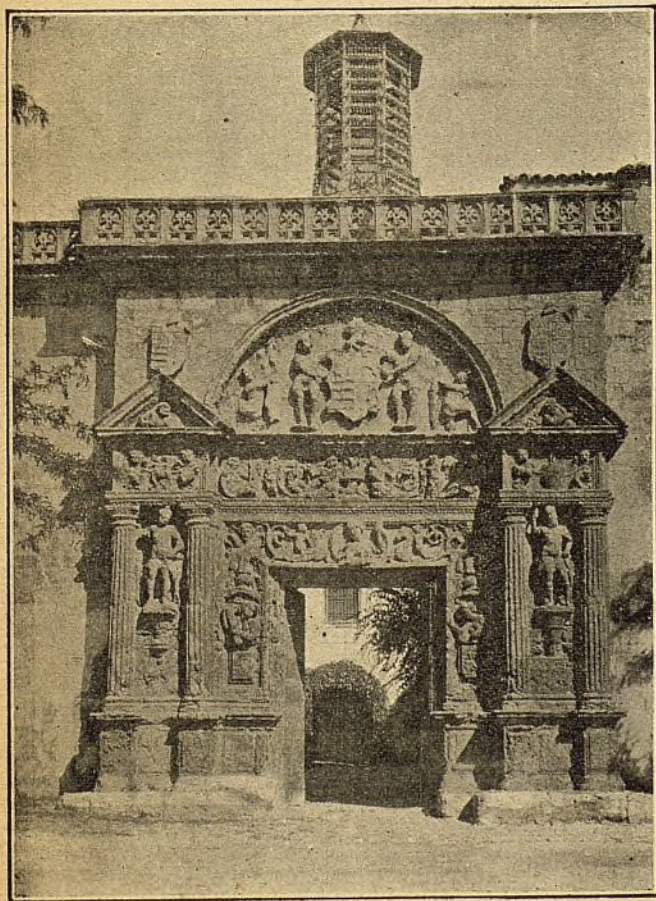
Vertí, sí, bastante llanto,
mas pasé ratos muy buenos:
ahora ya no sufro tanto,
¡pero gozo mucho menos!

Delicado con exceso
fué mi corazón infiel;

¡sólo el chasquido de un beso
me lo ha convertido en hiel!

Ni quiero verte llorar,
ni quiero oírte reír;
¡así me harás sospechar
que no aprendiste á fingir!

E. Sánchez-Vera.



CÓRDOBA.—Puerta de los Trevillas.
Inst. de César Huerta Stern.



Concurso de carteles del Círculo de Bellas Artes.
Modelo recomendado por RUSKIN.

Inst. de Bueno, fotógrafo.

CANTARES

Por ella perdí la calma
y es mi pasión tan inmensa
que aún no he podido olvidarla.

Nace la hierba en el campo
y en el horizonte el sol,
pero la dicha no quiere
nacer de mi corazón.

Fernando Franco.

PEDRO DOMEQ

(Casa fundada en 1780.)

JEREZ DE LA FRONTERA

Vinos selectos de Jerez.

Vino espumoso estilo Champagne.

COÑAC DOMEQ

NUESTRO ALBUM

Extraordinario de Febrero.

INTERÉS PALPANTE

próximo á publicarse.

SE VENDERÁ

en todas las librerías y kioscos
de España.

á 30 céntimos
número.

TEATRO DE LA COMEDIA

LO CURSI,

aplaudida comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente.

PERSONAJES

ROSARIO.—Sra. Pino.
D.^a FLORA.—Sra. Rodríguez.
VALENTINA.—Sra. Domínguez.
LOLA.—Srta. Catalá.
ASUNCIÓN.—Srta. Bremosa.

AGUSTÍN.—Sr. García Ortega.
EL MARQUÉS.—Sr. Valles.
DON GASPARILO.—Sr. Rubio.
CARLOS.—Sr. González.
FÉLIX.—Sr. La Riva.

ACTO PRIMERO

Escena IV

ROSARIO, FLORA, AGUSTÍN, EL MARQUÉS, CARLOS y FÉLIX



ROSARIO. Vuestros convidados.
FLORA. ¡Calla! Papá tan temprano, y Carlos y Félix.

CARLOS. (Saludando.) Rosario.

FÉLIX. Señora.

CARLOS. Hola, Agustín.

MARQUÉS. ¿Cómo va, hijos? Doña Flora, rendido á sus plantas. El corazón se me alegra al ver á usted.

FLORA. Muchas gracias, querido Marqués.

MARQUÉS. Porque si á usted no le molesta, somos contemporáneos, y al verla á usted tan guapa y tan joven me digo satisfecho. ¿Porqué no he de estar yo lo mismo? Y es usted el espejo en que más me agrada mirarme.

ROSARIO. ¡Qué madrugadores!

CARLOS. ¿Madrugar? Eso creará usted. Trasnocamos todavía.

ROSARIO. ¿Cómo! ¿No se han acostado ustedes?

MARQUÉS. Yo he dormido una horita en un sillón del casino. Después tomé mi ducha; me vestí; fui á sacar de la prevención á mi ayuda de cámara. Se fué anoche de juerga en cuanto me dejó vestido; no sé qué trapatiesta armaron en un colmado; pegaron á un guardia; dieron con un delegado majadero que no se hizo cargo de que el muchacho tenía que vestirme por la mañana... En fin, molestias.

AGUSTÍN. Que no debías tomarte.

Y debías de haber despedido á ese chico; un gatera, con un tipo achulado imposible.

MARQUÉS. ¿Qué quieres? Es un chico vivo, que me sirve los pensamientos. Yo no puedo tener criados máquinas como los tuyos, que todo lo hagan al pie de la letra. Yo no sé mandar para eso. A lo mejor, cuando una cosa deseando que se le olvide ó que hagan lo contrario; y ese diablo me entiende como nadie.

ROSARIO. De modo que la vida de siempre, papá. Y decías al volver de París, que este invierno te cuidarías mucho; que no trasnocharías.

MARQUÉS. Me quedé dos noches en casa y creí morir.

Desengáñate, los preceptos higiénicos dan muy buen resultado á todo el mundo, menos á los españoles; y en particular, á los madrileños. Con nosotros no rigen preceptos de ninguna clase; y somos fuertes, burlándonos de la higiene; liberales, burlándonos de la Constitución, católicos, no haciendo gran caso del catecismo, y lo que es más extraordinario, hasta ricos, dando un mentís á todas las leyes del mundo.

FÉLIX. Y usted ha vuelto de su último viaje con un recrudecimiento de españolismo.

MARQUÉS. Es verdad. Nunca fui aficionado á viajes. En París no había estado desde hace diez años, en Londres... ¡qué se yo!...

Y la verdad, tenía por todo lo extranjero esa admiración que tienen ustedes, los jóvenes que han viajado, y sólo aprecian el brillo aparente de eso que llamamos civilización; pero ahora con mayor experiencia...

AGUSTÍN. Y más años, y menos humor, sobre todo, papá.

MARQUÉS. Es posible. De todos modos esta impresión más razonada de ahora, será la definitiva, porque no pienso emprender nuevos viajes. Soy el primero en admirar lo admirable; pero apreciando con serenidad, defectos y virtudes, grandezas y pequeñeces, el alma humana es una, es decir, muchas almas; buenas y malas; y no sé por qué razón había de tocarnos á nosotros la peor parte; que otros pueblos son más trabajadores...

¿Y quién sabe acaso reza con nosotros aquello del Evangelio: María no escogió

peor parte y María era la que no traba jaba?

AGUSTÍN. Ateniéndose al Evangelio.

¿Ustedes saben lo que of una vez á un inglés amigo mío? Estaba en Madrid por San Isidro y le llevamos á la romería, y él, curioso como buen inglés, preguntaba particulares de la vida del santo.

Una señora que nos acompañaba, se encargó de explicarle la vida y milagros, y al referirle cómo mientras el Santo quedaba en oración los ángeles labraban el campo, el inglés exclamó con la mayor espontaneidad: ¡Oh! ¡Qué milagro tan español!

FLORA. El Marqués tiene razón: en todas partes hay bueno y malo; pero á los españoles siempre nos parece peor lo nuestro.

MARQUÉS. Es que no hay nación más hipócrita para los defectos individuales y más escandalosa para los defectos nacionales. En Inglaterra, siquiera tienen las dos hipocresías. Pero aquí nos hartamos de clamar que es un país perdido; y en cuanto se quiere puntualizar por dónde anda la perdición, todos somos á encubrir la. No, en este grupo, no; aquí todos somos caballeros, en este otro menos, no hay más que personas decentes, y todos somos á darnos explicaciones. No faltaba más, no es por ustedes... Y es un país tan perdido, que no es posible hallar á los que lo pierden.

FLORA. Usted es de los míos, Marqués; á la anti-gua española.

MARQUÉS. Esta juventud se ríe de nosotros.

FÉLIX. ¡Oh! Sí; lo español: lo castizo. ¿Quieren ustedes explicarme en qué consiste eso?

MARQUÉS. Para usted, literato modernista, decadente y qué se yo cuántos mores más, en nada. ¿Usted qué sabe de eso?

FÉLIX. Sí, en la literatura ya sé en qué consiste; en lo que ustedes llaman vigor: en concluir los dramas á tiros y los cuentos á navajazos; como si todos los días se recogieran docenas de cadáveres por esas calles. Para usted, querido Marqués, ya sé también en qué consiste el casticismo: en estar abonado á los toros y en comer judías estofadas de casa de la Concha...

¡Ah! Y en aplaudir la comedia de anoche; una joya de esa literatura castiza...

Ya, ya. ¿Qué comedia!

CARLOS. ¿Cosa más cursi! Con aquella nota sensiblera y patriótica al final.

AGUSTÍN. ¿No les gustó á ustedes?

ROSARIO. No, si ahora es muy cursi conmovirse por nada.

FÉLIX. ¡Aquella escenita de la madre y la hija! A mí me hizo llorar.

FLORA. Pero usted es de otro tiempo. Ahora habrá usted observado que la mujer no llora en el teatro. Alguna pobrellita de la galería. El público selecto sólo tolera al arte como bufón que divierte; si pretende conmover lo llaman cursi; si pretende hacer pensar, *latero*. ¿No es esa la palabra escogida?

AGUSTÍN. Vaya papá; hoy estás para figurar en una de esas comedias.

MARQUÉS. Sí, hijo mío. La invención de la palabra cursi complicó horriblemente la vida. Antes existía lo bueno y lo malo, lo divertido y lo aburrido, y á ello se ajustaba nuestra conducta. Ahora existe lo cursi, que no es lo bueno ni lo malo; ni lo que divierte; ni lo que aburre; es... una negación; lo contrario de lo distinguido; es decir, una cosa cada día; porque en cuanto hay seis personas que piensan ó hacen lo mismo, ya es preciso pensar y hacer otra cosa para ser distinguido; y por huir de lo cursi se hacen tonterías, extravagancias... hasta maldades.

AGUSTÍN. Maldades...
MARQUÉS. Sí; porque ma'lad es difrazar los sentimientos; y por no parecer cursis los dis-

ROSARIO. frazamos muchas veces y obligamos a los demás a disfrazarlos. Es verdad.
MARQUÉS. (Con intención.) Sabré yo por qué digo las cosas.
FLORA. Y yo también, Marqués. Por algo somos contemporáneos.
AGUSTÍN. En efecto, ustedes lo sabrán.
FLORA. Tenemos que hablar despacio usted y yo, Marqués.
MARQUÉS. Hoy mismo, de sobremesa.
FLORA. No, yo no almuerzo con ustedes.

MARQUÉS. Querida Flora.
FLORA. Rosario, tú dirás hasta cuándo; yo no propongo nada.
ROSARIO. No te enfades; después de almorzar voy a tu casa; la expedición en coche de estos señores no me seduce.
FLORA. ¿De veras? Hasta luego, entonces, señores.
ROSARIO. Te acompañaré. Voy a cogerte unas flores en el invernadero. Y... ¡la última moda! unas ramas de manzano en flor...
FLORA. Oye usted Marqués, también hay flores de moda. ¿Se acuerda usted cuando se pagaba a dos duros una camelia en Jueves Santo?

MARQUÉS. Algunas he pagado yo.
AGUSTÍN. ¡Que horror! Las camelias.
FÉLIX. ¡Qué flor tan cursi!
MARQUÉS. Pues piensen ustedes en lo que dirán sus hijos y mis nietos de las orquídeas, de los criantemos y... de las ramas de manzano en flor.
FLORA. ¡Ay! Los nietos de usted no dirán nada. Lo sentiría... pero en fin, el matrimonio tiene la palabra.
MARQUÉS. ¡Qué ocurrencias están ustedes!
ROSARIO. ¡Tía!
FLORA. Anda, vamos por esas ramas en flor.
(Salen Rosario y Doña Flora.)

ACTO SEGUNDO

Escena IV

MARQUÉS, GASPARITO, DOÑA FLORA Y ROSARIO.

ROSARIO. Aquí me tenéis sin novedad.
MARQUÉS. ¡Vaya con el paseito!
ROSARIO. No me hables.
GASPARITO. ¿A quién se le ocurre? Con el nublado que se venía encima.
FLORA. ¿Qué quiere usted? Agustín y Lola dijeron que estaba un día muy inglés...
GASPARITO. ¿Y Lola? ¿Cómo no ha venido contigo?
ROSARIO. ¡Qué! Si Agustín y ella estaban a una legua de nosotros cuando empezó a diluvir. Los esperamos, pero yo no podía más y Carlos me hizo volver al coche; Tonny se quedó con los caballos...
GASPARITO. ¿Y Carlos?
ROSARIO. Me acompañó hasta aquí y se fue a su casa a vestirse...
FLORA. Toma una taza de té bien caliente. Ustedes saben cómo venía; la amazona podía torcerse.
GASPARITO. Y mi hija, ¿cómo vendrá? Esa chica es un chico; no le asusta nada.
ROSARIO. Se habrá cobijado en alguna parte; como estaban más lejos del coche; pues ya hasta que vuelva a buscarlos. No creo que entren en Madrid a caballo...
GASPARITO. ¿Y Asunción? ¿Pero estas hijas mías que siempre han de andar perdidas!
ROSARIO. Escriba una carta en mi gabinete.
FLORA. Voy a preparar el té; ¡Sientes frío!
ROSARIO. No. Estoy perfectamente. Y el paseo es delicioso; no son tan feos los alrededores de Madrid como dicen. No será el último día que salgamos. Si traigo apetito. En medio de todo ha sido gracioso. ¡Qué facha hacíamos Carlos y yo luchando con el aire y el agua! Y si no es por Carlos, me estrella el caballo.
FLORA. ¿De veras?
ROSARIO. ¡Ah! Sí, sí; le debo la vida.
FLORA. Como en las novelas. No habrá sido tanto.

Mejor que el té hubieras tomado un poco de tila... Yo te conozco y por más que digas, estás muy nerviosa.
ROSARIO. ¿Nerviosa?
GASPARITO. Está el día para ello. Yo no he podido dar mi paseito a pie, y ya lo noto, ya. Mira, hoy sí que te propongo unas carambolas.
MARQUÉS. Perdona. Hoy tengo que tratar asuntos muy serios. Esperaba que volviera Agustín; pero tengo que hablar con su apoderado. Se trata de poner en orden mis asuntos. Agustín me facilita una solución. ¿Qué te parece? Un hijo pagando deudas de su padre.
GASPARITO. Me parece muy bien.
MARQUÉS. Figúrate. Se trata de una hipoteca. Entre pagar un capital de intereses todos los años, a que Agustín se quede con la finca y quitarme de quebraderos de cabeza...
GASPARITO. ¡Ah! Pero se queda con la finca? No creí yo que Agustín fuera tan... práctico.
MARQUÉS. Tú crees que porque yo soy así, no he sabido educarle a la moderna.
GASPARITO. Tu finca te cuesta. Y dado tu modo de ser, ¿a qué mejor podías haber dedicado a tu hijo, para que sostuviera tu casa?
MARQUÉS. ¡Gasparito!
GASPARITO. Lo de siempre. Los hechos no te asustan, pero las palabras... Arregla tus asuntos; yo daré unos tazos para compensarme del paseo perdido.
MARQUÉS. Anda, anda; que sólo estás contento cuando crees que todo el mundo es tan egoísta como tú.
GASPARITO. Sí, si a cada paso se encuentra un San Vicente de Paúl.
MARQUÉS. (A Rosario) Estará D. Rafael en el escritorio.
ROSARIO. Seguramente.
MARQUÉS. Hasta ahora.

ACTO TERCERO

Escena última.

MARQUÉS, ROSARIO, DOÑA FLORA Y AGUSTÍN.

MARQUÉS. Agustín, estamos en familia, tenemos que hablar seriamente.
AGUSTÍN. A eso vengo. (A Rosario.) Cuando recibiste los retratos, ¿por qué no me enseñaste esta otra prueba?
ROSARIO. ¡Oh!
FLORA. A ver... Nuestro grupo. ¡Jesús! ¡No me ha favorecido nada!
MARQUÉS. Pero, ¿cómo gustó?
FLORA. Sí; fue con ella a riesgo de disgustar a éste; y nos hicimos este grupo, abrazaditas las dos... lo más cursi posible; pero esta vez ha sido a propósito...
ROSARIO. ¿Y has necesitado preguntar a nadie, para tener la seguridad de que yo nunca hubiera ido allí sola?
AGUSTÍN. Si no quisiste que lo creyera. ¿Por qué dar apariencias de grave falta a ese recurso ridículo de comedia cursi? ¡La mujer celosa que quiere dar celos a su marido! De qué buen gusto es todo esto...
ROSARIO. ¡Basta! Dime si hice bien o hice mal; no me digas si fui cursi o si fui distinguida.
AGUSTÍN. Sí; hiciste mal, muy mal; ¡quieres oírlo? Tus celos, tus nerviosidades de niña mimosa, son ya insoportables...
ROSARIO. No tendrás que soportarlos más. Mi tía Flora piensa pasar una temporada en el campo. ¿Me permitirás que la acompañe? Necesito dar descanso a mis nervios, como tú dices...
FLORA. ¡Rosario!
AGUSTÍN. ¿No se te ha ocurrido otra cosa? Una separación. ¿No es eso? Ahora que hemos dado tanto que hablar por culpa tuya, para que todo el mundo creyera lo que no es; para ponerme más en ridículo. Ahora no saldrás de Madrid; te lo aseguro. Hagan ustedes comprender a Rosario que no debe pensar en eso.
MARQUÉS. No, yo no: Rosario tiene razón.
AGUSTÍN. ¿Eh?
FLORA. Dice usted...
MARQUÉS. Sí. ¿Para qué disgustos, para qué mortificaciones? En vista de que el matrimonio

sólo tiene por objeto poner bien una casa obsequiando a los amigos invitándolos a comidas, bailes, conciertos, excursiones etc.; en vista de que Rosario no ha sabido apreciar la bondad de tu distinción, ni tú la distinción de sus bondades, lo mejor es que imitéis el ejemplo de mi cuñada Valentina y de su marido: una separación amistosa, correcta; Rosario se marcha con su tía una temporada; cuando ella vuelva a Madrid, te marchas tú; la casa, que es lo importante, no se deshace, y con dos meses que paséis juntos al año en cualquier hotel del balneario o de playa a la moda, es bastante para que la gente no se dé por enterado. ¿Qué os parece? Pero, Marqués, Marqués...
FLORA. ¡Tía de mi alma!
ROSARIO. ¡No es lo mejor! ¿Para qué habéis de vivir contrariados? Además, tú quieres a otra. No es verdad.
MARQUÉS. Rosario, lo creo... Además, Rosario también quiere a otro.
AGUSTÍN. ¿Qué dices?
ROSARIO. ¡Rosario!
FLORA. Pero usted se ha vuelto loco; Marqués... Yo sé lo que me digo; quiere a otro.
MARQUÉS. ¡Ah!
AGUSTÍN. ¿Rosario, no es mentira? Dí que es mentira. Entonces tus celos, todo lo que yo creí cariño, todo mentira; te has burlado de mí, no como niña mimosa; como una mujer falsa que finge celos porque es más fácil que fingir cariño.
ROSARIO. ¡Agustín!
AGUSTÍN. Y yo que me sentía orgulloso, y por eso quizá me burlaba al verte celosa; yo que después, al creer que sólo tratabas de despertar mis celos, llegué a sentirlos a pesar mío, y antes, créelo, cuando vi ese retrato, cuando pensé siquiera que tú... comprendí que se pudiera pegar a una mujer.
ROSARIO. ¡Oh! ¡Agustín! ¡Agustín de mi alma!
AGUSTÍN. ¿Rosario? ¡No es verdad, no es verdad!

MARQ. ¿No te decía yo que quería á otro? Ya lo ves, ya eres otro: á éste quería ella.

ROSAR. A ti siempre, seas como seas. Porque nos unieron conveniencias sociales, pensaste que yo no podía quererte más de lo que tú acaso me querías.—No; yo no sacrifico ningún ideal al unirme contigo; me uní á ti lealmente, sin otro ideal que conseguir tu cariño para siempre; porque eres el único hombre á quien he querido, porque soy tu esposa y porque soy honrada.

AGUS. Porque eres muy buena.

MARQ. Distinción del alma que bien vale todas las distinciones de la moda.

FLORA. Convéncete. Lo bueno nunca es cursi.

AGUS. Alguna vez, querida tía.—¿Me permites la última broma?

FLORA. ¿Por qué no?

AFUS. Por ejemplo, esos pendientes que llovas son buenos, muy buenos, pero...

FLORA. ¿Son cursis? Desde el día de su boda no se los quitó nunca mi madre.—¿Puedo llevarlos?

ROSAR. ¡Oh! Ya lo creo.

FLORA. Y hoy que es el verdadero día de vuestra boda, se los ofrezco á Rosario.—¿Le permitirás que los luzca?

AGUS. Sí; querida tía, perdona; dices bien: la bondad nunca es cursi.

MARQ. ¿Qué almuerzo de divorciados se ha perdido usted!

FLORA. Aún temo...

MARQ. ¿Teme usted?...

FLORA. Si Agustín habrá visto estos días á alguna persona distinguida amartelada con su mujer y será este el último figurín.

ROSAR. Sí; será el último. ¿No es verdad?

AGUS. El último... Mañana almorzamos en tu casa; pero los cuatro solos.

FLORA. ¿Lo ves? Todavía tienes miedo á lo cursi.

AGUS. No; asistiré á tu primera reunión; quemé mis naves.

MARQ. Y ahora que la moral se ha salvado, como en las comedias cursis...

FLORA. Sólo nos resta pedir el aplauso.

TELON

PUES SEÑOR...

Don Casto de Quintanilla, un señor muy conocido por su nombre y apellido en esta heroica villa.

Valiente como el primero y hoy militar retirado, con una cruz que ha ganado luchando con Espartero, se encontraba en relaciones con una chica barbiana que el alimento se gana trabajando en pantalones.

Y no es esto lo peor, sino que un primo de Pura, cuando hay trabajo que apura la echa mano á lo mejor.

Pues como es sastre también, con la aguja hace primores,

y ejecuta sus labores pero muy requetebién.

Pero don Casto, imprudente, porqué su pasión le arrastra, ha prometido á la sastra casarse inmediatamente.

Rompió de un modo fatal el idilio *trashumante* de aquel sastre tan galante, aunque sea de portal.

Y no es nuevo este desastre en las lides del amor...

Porque el honor es honor, aunque se trate de sastre.

Mas llegó la hora dichosa que del altar junto al pie juró don Casto con fe hacer feliz á su esposa.

Y ella en tanto recordaba el idilio *trashumante* de aquel sastre tan galante que con ella trabajaba.

Y se cuenta y se murmura, que después de lo ocurrido, se hizo amigo del marido, el sastre, primo de Pura.

Y se dice en ocasiones, yo no sé si por hablar... que ella volvió á trabajar otra vez en pantalones.

Miguel de Palacios.

CÓRDOBA.—PUERTA DE LOS TREVILLAS

Desde 1769 se comenzó á tratar en Córdoba de la fundación de un Hospicio ó casa de Misericordia, pero su realización no tuvo efecto hasta 1805, en que lo consiguió el obispo D. Pedro Antonio de Trevilla, destinando al objeto el convento de monjas Agustinas de la Encarnación.

Cuando los religiosos fueron exclaustrados, se trasladó al convento de frailes de Nuestra Señora de la Merced, extramuros de la población, edificio más á propósito por su orien-

tación y capacidad. Es suntuoso, y lo reedificó á sus expensas fray Lorenzo García Ramírez, vicario general de Nueva España y provincial de Andalucía, por los años de 1757, en que aún perseveraba el mal gusto para las artes, por lo que su amplitud desdice más del extragado dibujo.

El patio principal tiene 64 columnas de mármol blanco, la escalera es de jaspe negro y rojo, grandiosa. De la vista exterior da acabada idea el fotograbado á que nos referimos.

PARA CARNAVAL

VALLADOLID

NTRA. SRA. DE LA ANTIGUA

La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Antigua, situada en la plaza de su nombre, fué siempre uno de los templos más interesantes de la histórica ciudad castellana. Fundóla el conde D. Pedro Ansúrez, y la reedificó Alfonso XI. El edificio es gótico, y el interior consta de tres naves; el altar mayor es una magnífica obra de Juan de Juanes; son notables todas las esculturas; y otra del mismo autor, que es un hermoso Crucifijo que hay en una capilla, propiedad de los condes de Cancelada.



Modelos de trajes de máscaras para niños.

DEL TEATRO

NOTAS DE UN ESPECTADOR

Cuando asistí al estreno de *Electra*, y vi pasar aquellos dos primeros actos monótonos y desabridos, y después presencié aquel palmoear frenético, aquella gritería ensordecedora, aquel agitar de sombreros y pañuelos, pensé si el mismísimo Redentor de la humanidad habría bajado desde el alto cielo para confortar nuestro espíritu decaído, con sus predicaciones redentoras y prometernos las bienaventuranzas de la vida eterna, en pago de nuestras penurias terrenales. Cuando luego, en la calle, presencié la imponente manifestación que daba vivas á Galdós y mueras al jesuitismo, pensé en un apóstol de la libertad que á libertarnos llegaba de la tiranía y la opresión. Mis dos pensamientos se fundieron en uno solo: en el de aplaudir á Galdós.

No me meto en que el aplauso que se ha dado á *Electra* sea exagerado; no me meto tampoco en la oportunidad de estrenar *Electra*, dada su tesis, para asegurar un trimestre fabuloso, como algunos dicen. Hay que mirar más alto.

Decaído, abatido nuestro pueblo por los recientes desastres; escueto nuestro espíritu como los árboles en la estación de la nieve, porque el clericalismo absorbente, de ese nuestro espíritu va arrancando ramas y hojas, que son los ideales; sin fe la nación en los hombres que nos dirigen, porque no se oponen á la *podra* de ramas y hojas, llega Pérez Galdós al teatro con una obra que irrada libertad y amor, esos dos esplendorosos focos que deben alumbrar á la humanidad.

Este ha sido el triunfo de Galdós: el grito de un pueblo anheloso de aire puro, y como el pueblo del teatro es más espontáneo que el pueblo del Congreso y del Senado, porque es el verdadero pueblo, su grito hendió con más rapidez y mayores energías los ámbitos. Los que quieren hacer de *Electra* un pretexto para la realización de sus ideas políticas mal hacen, porque á Galdós se le deben más respetos. Galdós no ha hecho ninguna cosa extraordinaria, siendo quien es el autor de *Electra*.

Todas sus obras exhalan ambiente de libertad; en casi todas ellas ha combatido el fanatismo religioso, y esto que ha hecho en *Electra*, hecho estaba en *Dos fanatismos*, de Echegaray, sin fantásticas apariciones, muy hermosas, sí, pero fantásticas al fin, y sin monjas que faciliten la huida de las novicias de un convento. Quedamos en que *Electra* es una obra teatral buena, la más buena de Pérez Galdós; quedamos también en que ha ayudado mucho al autor para tan grande éxito el que estemos regidos por un Gobierno tan clerical como el de Azcárraga-Ugarte. Y en cuanto á las manifestaciones callejeras, me parece bien que los entusiasmos de la muchedumbre se manifiesten así, y de otros mil modos; pero lo que no me parece tan bien es que al gran Galdós se le tome por cabeza de turco para dar gritos en defensa de una idea política. Galdós es más grande que todo eso.

Electra, aquella pobre muchacha vacilante, víctima del fanatismo, es un personaje que llega al alma; todos con *Máximo* sentimos sus dolores y queremos libertarla. Por eso la creación artística conmueve. *Máximo* es el hombre de voluntad, es la libertad que lucha con la intemperancia y el absolutismo. *Electra* y *Máximo* son el amor. Por eso el éxito, y sólo por eso, de la obra. El otro éxito, el popular, se lo debe Galdós, acaso, á la suspensión de garantías constitucionales.

Los intérpretes de *Electra*, en general, trabajaron muy bien, y la señorita Moreno se excedió á sí misma. Ha dado un gran paso en su carrera teatral.

Fuentes y Valero merecen aplausos por su labor, y los demás artistas los merecerán más justos en otras ocasiones.

Mucho me alegro de la victoria alcanzada por Galdós, pero es lástima que la mayor parte de los críticos estén conformes en la bondad de la obra, porque perdemos un prologo como el de *Los condenados*.

* *

También hemos tenido en el Real el correspondiente estreno. Massenet es un maestro consagrado ya por la fama, y no voy á descubrirlo; pero sí diré que su *Werther*, sea porque los libretistas no le dejaron, ó porque él, Massenet, no viera con toda su poesía la figura del protagonista, es el caso que la ópera no convence nunca y sólo impresiona á ratos. Impresiona en la romanza de tenor coreada por niñas y niños, y en el dúo de tiple y tenor, del primer acto. En el segundo, también impresionan el dúo de tenor y barítono y el *scherzo* de tiple, que es lindísimo y elegante. En el tercer acto el preludeo es muy *bravo*, no pareciendo del ilustre músico francés.

El dúo de tiples de este acto es también muy bello, y en el que se pone de relieve toda la melancólica inspiración del maestro.

No es esto decir que muchos más pasajes de la obra no encierran bellezas que la falta de espacio me impide señalar, pues en toda la partitura se advierte la elegancia que siempre ha distinguido en sus obras musicales al autor de *Manon*.

Nuestro público no recibió con entusiasmo la ópera; creo que no fué del todo justo, pero aplaudió con mucha fe al tenor Delmás, á la tiple señorita Giudici, á la Tinroth, —cuyos progresos se advierten de día en día— á Butti y á alguno más, cuyo trabajo merece los mayores plácemes.

* *

Bien ha hecho el Sr. Palencia en publicar una hoja explicando la diversidad de las dos *Pepita Tudó*, —la de él y la de Gaspar— porque la verdad sea dicha, nosotros los murmuradores íbamos de *lengua armada*.

Según una hoja que se repartió la noche del estreno entre los espectadores, la cual será rectificada, como si lo viera, se diferencian grandemente la obra de Gaspar y la de Palencia; y como he sido espectador de ésta, á ésta me voy para decir que D. Ceferino se nos ha presentado una vez más como hombre de gusto exquisito (?) en amueblar un escenario, en hacer vestir á los artistas con propiedad y lujo, y en hacer pintar buenas decoraciones que, si no son buenas, no es la culpa de él, sino del escenógrafo. Este es el primer elogio que hay que hacer de *Pepita Tudó*, aparte la forma literaria, que es digna del celebrado escritor Sr. Palencia.

Y en cuanto á la parte teatral, el autor ha desviado la acción en los dos últimos actos, cual si se sintiera medroso de las escabrosidades de ciertos amores; pero precisamente en esas escabrosidades está el interés despertado en el prólogo, —que es una maravilla de color, animación y verdad— y en el primer acto, en donde la acción hace concebir esperanzas que se deshacen después. Por eso la frialdad con que el público acogió esos dos últimos actos. Pero de todos modos, *Pepita Tudó* es una obra literaria de mérito, que se escuchará con gusto y se verá con agrado por lo vistosa que es.

Comprenderáse con cuánto *amore* trabajó la Sra. Tubau, y así no es extraño que recibiera muchos aplausos.

Palanca fué felicísimo por la verdad con que hizo el Godoy, y del abogado Sr. Llorente todos se hicieron lenguas por lo admirablemente que desempeñó su papel de Carlos IV. Es este un actor de valía.

No cito los demás intérpretes de *Pepita Tudó* porque sería el cuento de nunca acabar. Todos fueron, con el autor, cariñosamente aplaudidos, y así los aplaudo desde aquí.

* *

La Zarzuela (el teatro) empieza á despertar. Estrenóse *El barbero de Sevilla*, juguete cómico-lírico (con vistas de *vaudeville*), de los Sres. Perrín, Palacios, Nieto y Jiménez.

Estos últimos, con su música, no hicieron mucho en pro del libro, pues aunque aquélla es agradable, no es como podía esperarse de tan notables maestros. El libro, sobre todo en el tercer cuadro, hizo desternillar de risa por lo cómico de las movidísimas escenas y por lo gracioso de los tipos, que son á la par naturales.

De los intérpretes merece citarse en primer lugar la señorita Arrieta. Una tiple de dos duros que vale diez. Cantó afinadamente y con agilidad y elegancia. Fué muy aplaudida. También á la Arana se la aplaudió, como á Romea, aunque tiene el privilegio de que no se le entienda nada de lo que habla. Moncayo tan movido como siempre; Sigler y Arana (Pablo) contribuyeron, con la señora González á hacer una casi perfecta interpretación de *El barbero de Sevilla*.

Vicente Casanova.



MADRID—Mangueros quitando la nieve.

Inst. de D. Luis Porra.

DEL ARTICO AL ANTARTICO

Nuevo depósito de cadáveres.

En *Laussana* (Suiza) se ha construido un nuevo depósito de cadáveres, que se diferencia de los existentes en los demás países en que tiene un departamento lujosamente decorado como capilla ardiente, en el que pueden velarse los cadáveres por las personas que lo deseen ó por los parientes del difunto y celebrar allí mismo las honras fúnebres.

Esta reforma es muy necesaria, y á ella están muy agradecidos los dueños de los hoteles, pues hasta la presente, cuando algún suizo ó *tourista* fallecía, bien por algún accidente ó por cualquier enfermedad que le acometía durante su expedición, habían de conservar el difunto en el hotel hasta la hora del entierro, pues naturalmente á la familia del *tourista* fallecido le repugnaba la idea de llevarle al depósito común, mientras que á la presente no tienen inconveniente en trasladarle al departamento especial del depósito.

La aritmética entre las bestias.

Cada día que pasa se descubre en los animales un nuevo *talento*. Varios sabios observadores han manifestado que las bestias (algunas al menos) saben contar, y su aptitud para el cálculo se ha demostrado en mayor ó menor grado.

El célebre ornitólogo *Anlerton*, á continuación de varias experiencias hechas con el loro, asegura que los conocimientos aritméticos de esta charlatana ave no pasan de cuatro.

El médico ruso *Dr. Timosieff* ha renovado las experiencias de *Anlerton* valiéndose de pájaros, perros, gatos y caballos. La corneja cuenta hasta diez, el perro hasta veintinueve, el gato solamente seis, y al caballo es á quien hasta la presente ha batido el record del cálculo.

El Dr. *Timosieff* observó que el caballo de un labrador hacía un alto á cada veinte surcos, es decir, que el animal no se detenía cuando se sentía fatigado, sino precisamente á cada veinte surcos, como hemos dicho.

En otra ocasión observó el Dr. *Timosieff* á un caballo, que calculaba las distancias por el número de los postes telegráficos y las horas por las campanadas de los relojes.

Un día el médico ruso iba á *Valdai*, y al llegar al poste 22 uno de los caballos de la *troika* se detuvo súbitamente. Es que el caballo tenía la costumbre de detenerse á cada veinticinco postes, y del error que padeció no tuvo él la culpa, y sirvió para de-



En vista de los peligros de carruajes y tranvías se usan ahora cuadrupletas para salir en familia.



- A los pies de usted, linda Máxima.
- ¡Ola, amigo Pantoja! ¿También usted lleva la perrita en brazos?
- Para que no tome humedad. La infeliz es huérfana.
- ¿De padre?
- No, señora; de parra. Padres tiene tres ó cuatro.
- Es una especie de Electra.
- Justamente; pero con menos inclinación á la maternidad.

mostrar que el animal *sabía* contar, pues para marcar los límites de un bosque se habían instalado unos postes y tres de ellos se hallaban intercalados entre los del telégrafo, con los que sin duda los confundió el caballo, el cual conocía también las horas por las campanadas del reloj. Cuando ya la mañana estaba muy avanzada, estiraba las orejas al oír tocar el reloj; y si daban menos de doce bajaba tristemente la cabeza, mientras que al oír doce campanadas daba muestras de regocijo y relinchaba ruidosamente, pues sabía que en punto al medio día se le daba un *pienso*.

El turista Lazram.

SOLEARES

No me llores, no me llores
y mete esas lagrimitas
en donde estén mis amores.

Qué malos son tus desprecios.
¡Pues no me dicen ahora
que por mí te estás muriendo!

Anda de ahí, mala mujer.
Dijistes que me querías
por hacerme padecer.

Loco me alejé de tí
con locura yo te amé
y loco me haces morir.

G. García Parra.

Tipografía Moderna, Espíritu Santo, 18.

guió á la masa general de viajeros y, subiendo por la calle de Atocha, bien pronto se encontró en la plaza de Antón Martín.

Al pasar por delante de una lechería situada á la derecha de la plaza, recordó que llevaba muchas horas sin comer y tomó un vaso de leche, y aun esto le pareció un gasto excesivo.

Ya en la plaza de Antón Martín, y cerca de la calle de Santa Isabel, que en las primeras horas de la mañana toman el aspecto de un mercado, acercóse á una de las muchas vendedoras preguntando por la calle de Lavapiés, nombre que recordaba con mayor empeño.

—Tíre usted por esa de enfrente, que es la de la Magdalena, y la tercera de la izquierda es la calle de Lavapiés.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, pímpollo.

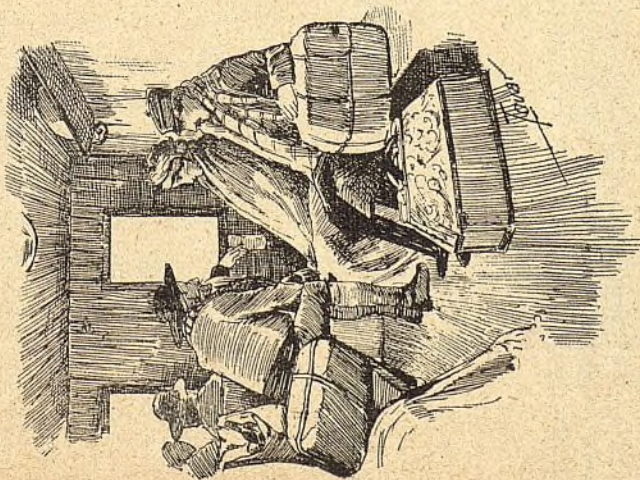
—¿Pímpollo la llamas?—preguntó otra vendedora.

—¡Ya lo creo! ¡Si tiene una cara de serafín!

Siguió Felisa el consejo y, una vez en la calle de Lavapiés, comenzó á recorrerla hasta la plazuela de su mismo nombre, leyendo los infinitos carteles y papelitos colocados en los portales y que, con ligeras variantes, decían: *Se alquila una guardilla*.—*Se cede una alcoba*.

—Ceder una alcoba—repelía Felisa—significa vivir en compañía de otras personas, mostrar la miseria propia á personas extrañas. Esto repugnaba á su educación y á su carácter.

Una guardilla era la soledad, ¡la soledad que parecía su destino! pero era también la libertad... En la guardilla nadie vería su miseria... Viviría como pudiera, comería lo que tuviera, y no se vería obligada por su pobreza á bajar los ojos delante de nadie...



Felisa, envuelta en su mantón, reclinada en uno de los rincones...

Decidióse por la guardilla, encontrando una al final de la calle del Olivar, en una gran casa, la más barata y mejor de cuantas llevaba vistas, por treinta reales al mes, compuesta de tres llamadas piezas: una la de entrada, que servía de cocina, y otra con una alcoba, que hacía las veces de sala, ó gabinete, y las cuales recibían la luz por dos ventanas abiertas en lo alto del techo.

Con el pago de los dos meses que los caseros exigen para alquilar un cuarto, el de fianza y el corriente, y la compra en el Rastro, lugar que le indicó la portera donde poder adquirir más barato lo que necesitara, de un catre de los llamados de tijera, con un madero colchón y almohada, una mesita, una silla, un barreño para guisar en él la comida y un cántaro para el agua, vió Felisa con espanto que su pobre capital había quedado reducido á 9 pesetas.

Con todo, recordando las habilidades que había aprendido en el colegio, juzgó cosa fácil hallar en qué poder emplearlas y atender á las cortas necesidades de su vida.

¡Infeliz!

No sabía que en Madrid no todos los que quieren trabajar encuentran trabajo, sobre todo la mujer.

¡Mujer!

Los medios de acción de una mujer son en nuestro país limitadísimos; para la mujer pobre no hay, generalmente hablando, ni fuego en el hogar, ni alegrías en los días adversos, ni medicinas en las horas del dolor, ni más que penalidades, privaciones, sufrimientos y vergüenzas.

«La mujer—ha dicho Balzac—está más maltratada por la civilización que por la Naturaleza.»

Y otro escritor ilustre, Pelletán, añade:

«La mujer es el crimen del hombre y su víctima desde su salida del Edén, y lleva todavía sobre sus carnes las huellas de seis mil años de injusticia.»

Prosigamos nuestra historia.

Había observado Felisa, sin comprenderlo, cierto movimiento en las casas y en las calles.

Bien pronto el lúgubre tañido de todas las campanas le dieron la explicación de aquel enigma.

Se hallaba en el 1.º de Noviembre. ¡Día de Todos los Santos! ¡Día de los cementerios!...

Cada una de las vibraciones de aquellas campanas parecía un lamento...

A la mente de Felisa acudieron mil tristísimos recuerdos.

Es el día en que los vivos acuden á visitar á los muertos.

Es la hora de las luces, de las flores, de las oraciones.
De buena gana hubiera ido á cualquier cementerio... Pero ¿á
qué, si su muerto querido no estaba allí?
Sí, las cenizas de su adorado padre reposaban lejos, muy lejos
de Madrid.

No le quedaba otro recurso que llorar y rezar... ¡El consuelo de
los afligidos!



VII

Llegada á Madrid.



ELISA, envuelta en su mantón, reclinada en uno de los rin-
cones junto á la ventanilla del coche, alejada del contacto
con los demás viajeros, insensible al bullicio de éstos, al
movimiento de las estaciones, á los cambios del paisaje, entregada
á sus pensamientos, vino todo el largo viaje de Sevilla á Madrid
triste y silenciosa.

En trayecto tan extenso no faltaron viajeros que pretendían en-
tablar conversación con ella; pero Felisa la esquivó, y con finura
á unos, y con desdén á otros, logró evitar las bromas y franque-
zas tan comunes entre gente de cierta clase y con una criatura tan
bella.

Entró en Madrid en una fría mañana del mes de Noviembre.
¡Pobre sér perdido en tan inmensa población, sin dinero, sin
guía, sin amparo!

Sabía Felisa, por sus lecturas, que en Madrid existían los llama-
dos *barrios bajos*, albergue de la gente pobre y en los cuales la
vida es más barata.

Á su llegada á la capital, como no traía equipaje, ningún mozo
de la estación ni de fuera se acercó á ella. ¡Es la soledad que acom-
paña á la pobreza! Ignorante sobre el camino que debía tomar, si-

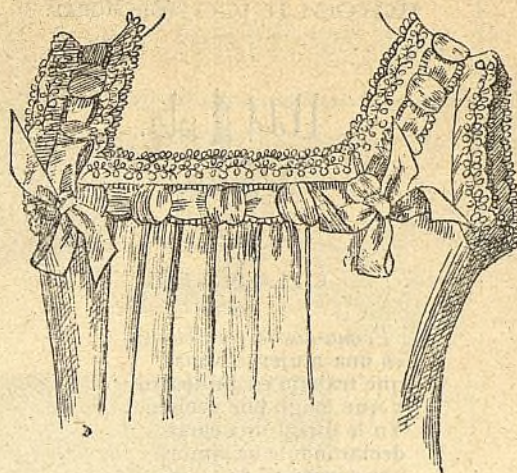


Traje de recepción y baile.

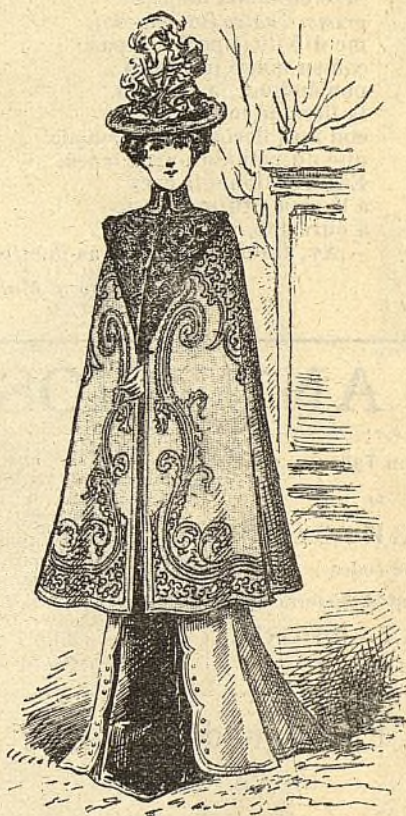
TRAJE DE RECEPCIÓN Y BAILE

En paño de seda blanco perla pintada sobre el delantero y costado de la falda una rama artística de flores blancas y hojas. En el borde seis pequeños volantes color oro, prendidos á la falda por un hilo de gruesas perlas. El cuerpo bordeado de gran franja bullonada color oro con solapas pintadas terminadas por perlas. Mangas medio largas pintadas igualmente, ensanchadas en el bajo y terminadas por volantes rizados. Collar de perlas y brillantes. En el peinado, rosácea color oro, adornada de lentejuelas y perlas, y pluma negra en penacho.

La Condesa Agatha.



Camisa novedad.



SANTORAL 7.^a semana. FEBRERO

- Lunes 11.*—San Saturnino, presb. y Santos Dionisio y Lázaro.
Martes 12.—Santa Olalla, virgen y mártir.
Miércoles 13.—San Benigno, mr. y Santa Catalina de Rizzis, virgen.
Jueves 14.—San Valentín, presb. y el beato J. B. de la Concepción.
Viernes 15.—Santos Faustino y Jovita, hermanos mártires y San Cratón, mr.
Sábado 16.—San Julián, mr.; Sta. Juliana y San Onésimo, mártires.
Domingo 17.—San Julián de Capadocia y Santa Constanza, mártires.

ENTRETENIMIENTOS

JEROGLÍFICO, POR MORAL.

Ddd 1 pta.
Vara

CHARADA

Prima-dos-tercera-cuatro
es una mujer ¡divina!
que trabaja en un teatro
y que tengo por vecina.
Yo le dirigí una carta
declarándole mi amor,
por conducto de tres-cuarta,
criada de un servidor;
pero enterada del caso
primer-cuatro (mi esposa),
me dió un superior repaso
con su mano pecadora...
poniéndome la fachada,
la flera de mi mujer,
con más flecos ¡madre amada!
que un mantón puede tener.
Escociéndome la cara
á la prima fuíme presto
á curarme, y exclamaba:
—¡Ay, amor, cómo me las puestas!

R. Alonso y Murillas.

CANTARES

Por él huí de mi aldea
abandonando á mi madre...
¡Y aún se ha atrevido á decirme
que no le quiero bastante!

Cada fragmento del aire
en que se baña tu cuerpo
se pelea con los otros
para besarte primero.

No creas martirizarme
porque á otro puedas amar,
pues si es cierto que te quise
hoy... te quiero mucho más.

No es raro que se marchiten
las flores en tu maceta,
porque al verte tan hermosa
mueren de envidia y de pena.

Francisco Gamba.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

A la charada en acción:

A-CA-RA-ME-LA-DO

Al jeroglífico:

ENTREGADO

ANUNCIOS RECOMENDADOS

Gran Taller
DE
FOTOGRAFADO
con todos
los adelantos modernos.
P. SANTA MARIA
1, CLAVEL, 1

ALBUMS miniaturas instantáneas de bailarinas: La bella Guerrero, 0.25 ptas.—Carmen Luque, 0.25.—Amparo Gómez, 0.25.—Tapas para 1898, 3 ptas.—Idem para 1889, 3 ptas.—Idem para 1900, cuatro meses de Enero á Abril inclusive, 3 pesetas.—Idem para 1900 de Mayo á Diciembre, 3.00.—Album Carnaval, 58 figurines, 50 céntos.

ALMANAQUE DE INSTANTÁNEAS
Album del año 1901.

La patria de Cervantes

POR LOS ESCRITORES MÁS EMINENTES
52 páginas en papel Couché, 1 peseta en España.

El Sagrado Corazón

CASA SALVI

Dibujos, Labores y Artículos Bordados para teatros, bailes, estandartes, banderas, cintas para carreras, uniformes, objetos de sala, gabinete, dormitorio, comedor, despacho, colegios, etc.

LABORES RELIGIOSAS

Artículos para ternos, casullas, cortinas de sagrario, paños de altar, estandartes y labores de culto.

Los géneros son todos de primera clase. Especialidad en oro, sedas, hilos y algodones.

Clavel, número 1, entresuelo, Madrid, CASA SALVI



LICOR
DEL POLO DE ORIVE

Este dentífrico higiénico es el único que combate las caries; sus condiciones antisépticas son asombrosas.

La venta de 20.000 frascos por mes en Madrid solo, demuestra la supremacía del Licor del Polo de Orive sobre todos los dentífricos extranjeros. No tiene sacarina, salol ni ácido salicílico, que son tan perjudiciales al esmalte, y contiene un dentífrico alemán.

LA ELEGANCIA

Semanario de modas, para señoras y señoritas, el más útil y práctico.

3 meses, 3 50 ptas.—6 meses, 7 pesetas.

Se suscribe en nuestras oficinas:

CLAVEL, 1, MADRID

La Bordadora

ARTISTICA

Album de labores y abecedarios

Un número mensual
de 16 páginas.

Cada album 2.50 pesetas.

TRES MESES, 7 ptas.

Oficinas, Clavel, 1, MADRID

INSTANTÁNEAS es un semanario elegante y de forma nueva, tirado en papel especial.

INSTANTÁNEAS tiene 16 páginas de texto, ilustraciones y fotografías.

INSTANTÁNEAS es un semanario de actualidad de literatura clásica, humorística y artística.

INSTANTÁNEAS publica 8 páginas de novela encuadernable.

INSTANTÁNEAS contiene páginas de La risa y de caricaturas.

INSTANTÁNEAS abrirá concursos originales con premios.

INSTANTÁNEAS, á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, sólo cuesta 20 céntimos en toda España.—30 céntimos en el extranjero.—40 reis en Portugal.—1 peseta un mes en España, y 200 reis en Portugal.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

PARODIAS

CON

CARICATURAS

de las obras teatrales
que más éxito obtienen

La Gofemia, 25 céntos.

Maria de los Angeles, 25 céntimos.

La balada de la luz, 25 céntimos.

De venta en nuestras oficinas y en las principales librerías de España.